

MENSAJE DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS 1977

LA CATEQUESIS EN NUESTRO TIEMPO
con especial atención a los niños y a los jóvenes

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| 1. EL MUNDO, LOS JÓVENES, LA CATEQUESIS | 4 |
| Los cambios radicales del mundo actual..... | 4 |
| Los problemas de los jóvenes..... | 5 |
| Vitalidad y dificultades externas de la catequesis..... | 5 |
| Complejidad de la acción catequética..... | 6 |
| Exigencias y limitaciones de la catequesis contemporánea..... | 7 |
| 2. LA CATEQUESIS, MANIFESTACIÓN DE LA SALVACIÓN EN CRISTO | 7 |
| La catequesis se centra en el misterio de Cristo..... | 7 |
| La catequesis como Palabra..... | 8 |
| La catequesis como “Memoria”..... | 9 |
| La catequesis como Testimonio..... | 9 |
| Originalidad de la pedagogía de la fe..... | 10 |
| 3. LA CATEQUESIS, OBRA DE TODOS EN LA IGLESIA | 10 |
| La corresponsabilidad..... | 10 |
| La comunidad cristiana..... | 10 |
| El obispo y los diversos catequistas de la comunidad..... | 11 |
| La acción catequética en una sociedad pluralista..... | 11 |
| La catequesis cristiana y las corrientes materialistas actuales..... | 12 |
| La dimensión misionera de la catequesis..... | 12 |
| CONCLUSIÓN | 12 |
| Discurso de Paulo VI en la sesión de clausura de la V Asamblea del Sínodo de los Obispos | 14 |
| Objetivos peculiares e inmediatos del Sínodo..... | 14 |
| Treinta y cuatro proposiciones presentadas al Papa y un Mensaje al Pueblo de Dios..... | 15 |
| Fidelidad al depósito de la Revelación..... | 15 |
| Centrar la atención en Cristo y poner en práctica su doctrina..... | 16 |
| Los Símbolos y la pedagogía catequética..... | 17 |
| La libertad religiosa aplicada al campo de la catequesis..... | 17 |

INTRODUCCIÓN

1. Ha llegado a su término la IV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, convocada en Roma por nuestro Santo Padre, el Papa Pablo VI, para tratar de “La catequesis en nuestro tiempo, con especial atención a los niños y a los jóvenes”.

Con este motivo, los Obispos deseamos vivamente dirigiros un mensaje tanto a vosotros, que, encomendados a nuestro ministerio pastoral en las distintas partes del mundo, pertenecéis al Pueblo de Dios, como a todos aquellos que se interesan por la actividad y la responsabilidad que la Iglesia desempeña dentro de la sociedad humana. En este mensaje queremos comunicaros las principales conclusiones de nuestros trabajos.

Al contemplar la situación de nuestro tiempo, agitado por abundantes crisis, pero ampliamente abierto a los impulsos salvadores de la gracia, y teniendo en cuenta que en 1974 la anterior Asamblea sinodal había tratado ya el tema de la evangelización, pareció, bajo la dirección del Sumo Pontífice, que nada sería más útil para la Iglesia que continuar en la misma línea y estudiar la actividad eclesial llamada catequesis: es decir, la actividad constantemente necesaria para difundir viva y activamente la Palabra de Dios y ahondar en el conocimiento de la Persona y el mensaje salvador de Nuestro Señor Jesucristo; la actividad que consiste en la educación ordenada y progresiva, de la fe y que está ligada estrechamente al permanente proceso de maduración de la misma fe.

Era necesario examinar, siempre a la luz de la Palabra de Dios, los signos de los tiempos, con el fin de renovar la catequesis y de poner de relieve su importancia en el conjunto de la acción pastoral. Y esto tanto más cuanto la vigorosa vitalidad de la actividad catequética de la Iglesia se experimenta intensamente en casi todas partes con magníficos resultados para la renovación de la comunidad eclesial entera.

Nos era conocida, además, el ansia y hambre de alimento espiritual y de formación en la fe que se percibe especialmente en las jóvenes generaciones: éstas, en su afán de comprometerse y de desempeñar su propio papel en la construcción de una sociedad justa, se esfuerzan por penetrar más hondamente en el conocimiento del misterio de Dios.

Nos sentíamos, también interpelados en nuestra propia fe por la actual diversidad de culturas que aspiran -con vehemencia a conseguir una mayor perfección del hombre, aunque no siempre en coherencia con el Evangelio.

Asimismo teníamos en cuenta algunas deficiencias existentes: por una parte, el hecho de que en ocasiones se olvida la responsabilidad que todos los cristianos

tienen de madurar su propia fe; por otra, no siempre ni en todas partes se cumple de modo debido con la obligación de transmitir rectamente la Revelación.

No ignorábamos tampoco las dificultades a que está sometida la catequesis en algunos lugares del mundo: fuerzas adversas, en efecto, introducen nuevos obstáculos que impiden, el cumplimiento de la misión, encomendada por Jesucristo, de anunciar la fe a todos los pueblos.

Preocupados por este estado de cosas y sensibles a las aspiraciones de los niños y de los jóvenes que en el futuro han de llevar sobre sus hombros el peso de la edificación de un mundo nuevo, a ellos hemos dedicado especial atención.

A nadie se le oculta la íntima relación del asunto tratado con el tema de la educación en el mundo actual. Estamos persuadidos de que la pedagogía de Dios, tal como se manifiesta en la historia de la salvación, puede prestar también hoy a toda la humanidad una ayuda importante que contribuya a la solución de esa problemática.

La preparación del Sínodo fue larga y laboriosa. Previamente se hizo una consulta a todas las Iglesias particulares. Al terminar ahora nuestros trabajos, hemos presentado al Sumo Pontífice unas proposiciones especiales, con el deseo de que en su día tenga a bien ofrecer a la Iglesia Universal un documento sobre la educación cristiana por medio de la catequesis, como hizo después del Sínodo. de 1974 con la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi. Al mismo tiempo, y con la debida aprobación, nos ha parecido conveniente manifestaros nuestras convicciones y daros a conocer nuestros sentimientos sobre algunas cuestiones de mayor urgencia.

1. EL MUNDO, LOS JÓVENES, LA CATEQUESIS

(Realismo frente a la situación)

Los cambios radicales del mundo actual

2. Como acontecimiento de nuestro tiempo, el Sínodo de ningún modo podría ignorar la situación concreta en que vive el mundo. Los Obispos son testigos y partícipes de las esperanzas, tensiones y frustraciones que conmueven a los hombres de hoy (cf. *Gaudium et spes*, 1). En todos los países, cualquiera que sea su sistema social, o su tradición cultural, hay hombres y mujeres que buscan, luchan y trabajan por el bien común y por construir un mundo, nuevo. Los viejos sistemas de valores con frecuencia no se aceptan ya y hasta se derrumban; las seguridades humanas se ven amenazadas por la violencia, la opresión y el desprecio de la persona. Algunos llegan a experimentar que las esperanzas puestas en las ideologías y en la técnica son insuficientes.

En medio de tantos conflictos de ideas y de sistemas, una nueva búsqueda de Dios se va abriendo camino; en el inquieto corazón del hombre se pueden detectar nuevos signos de inquietud por las cosas divinas; y, al mismo tiempo, se entrevé un sentido nuevo de los valores humanos, especialmente en torno a la dignidad de la persona.

Los problemas de los jóvenes

3. Las generaciones jóvenes tienen mayor conciencia de sí. Significan para la humanidad un sector muy importante, tanto por su proporción numérica y por sus cualidades, como por las esperanzas de futuro que necesariamente representan. En estas generaciones resuenan con fuerza especial las tendencias que penetran nuestra sociedad. Manifiestan con vehemencia una ruptura cultural, fruto de los cambios sociales. Los jóvenes son, frecuentemente los que pagan el precio de los errores y deficiencias de los adultos. Muchas veces incluso son víctima de la manipulación de falsos líderes que explotan -su generosidad y grandeza de ánimo.

Las aspiraciones de los jóvenes a la creatividad, a la justicia, a la libertad y a la verdad -son el punto de partida de toda obra de educación. Esta tarea educativa debe responder también a sus aspiraciones de corresponsabilidad en la vida eclesial y civil y a su inclinación al amor de Dios y del prójimo. En efecto, la catequesis es una acción eclesial en favor de este mundo, especialmente de las nuevas generaciones, de modo que la vida de Cristo transforme la vida de los jóvenes y los lleve a la plenitud.

Vitalidad y dificultades externas de la catequesis

4. Los Padres sinodales han observado los numerosos y patentes síntomas de vitalidad que muestra la actividad catequética de la Iglesia en casi todos los sectores y particularmente entre los jóvenes, sin que esto signifique que no existan también ciertas dificultades. En efecto, casi por todas partes surge una admirable proliferación de iniciativas, de suerte que se puede decir que, en los últimos decenios, la catequesis ha sido en el mundo entero terreno privilegiado y fecundo para la renovación de toda la comunidad eclesial.

Los Padres han considerado también las dificultades con que tropieza la acción catequética. A los catequistas se les exige mucho y a veces en condiciones muy difíciles. Hay que ser realistas ante estas situaciones, a menudo nuevas:

- ⊗ En muchos países, la evolución de la sociedad está marginando numerosas costumbres religiosas, Muchos niños y -jóvenes apenas tienen ocasión de encontrar a la Iglesia en su camino. Muchas veces el catequista topa-con la indiferencia y el rechazo. Los nuevos modos de pensar y vivir muy frecuentemente ya no son cristianos. Aún entre los bautizados abundan quienes tan sólo de vez en

cuando, o tal vez nunca, tienen ocasión de oír el mensaje del Evangelio. Aunque muchos de estos factores constituyen un obstáculo, son también al mismo tiempo un verdadero reto para la catequesis, que ha de dirigirse precisamente a esos niños, jóvenes y adultos que viven en este mundo concreto, tal como es y en el que la Iglesia tiene la misión de proclamar la Palabra de salvación.

- ⊗ En muchos países, esta misión de catequizar no puede ejercerse con **libertad**; son los países en que se limita de modo intolerable, o se suprime totalmente, el ejercicio de los derechos humanos fundamentales y, entre ellos, el derecho a la libertad religiosa. En esos países, a menudo las declaraciones sobre el respeto a la libertad religiosa son mera-mente formales, no existiendo -ni verdadera libertad para que la Iglesia impregne la vida con la totalidad del Evangelio, ni el derecho efectivo de reunirse para la catequesis, ni el derecho de disponer de tiempo, locales, libros y material didáctico necesario, ni siquiera el derecho de formar catequistas.

Es ésta una situación verdaderamente dolorosa que debe ser compartida por la Iglesia universal. Ningún poder del mundo tiene derecho-a impedir que las personas busquen la verdad, la acojan libremente, la conozcan en su plenitud y la profesen libre y abiertamente. La Iglesia, al reivindicar el derecho de catequizar, defiende la libertad fundamental del hombre.

Complejidad de la acción catequética

5. El mismo realismo nos invita a considerar la complejidad de la acción catequética:

- ⊗ La diversidad de **culturas** crea a la catequesis una gran pluralidad de -situaciones' Como indicó el Concilio Ecuménico Vaticano 11 y recordó Pablo VI en la Exhortación Apostólica **Evangelii Nuntiandi**, el mensaje cristiano debe enraizarse en las culturas humanas. asumiéndolas y transformándolas. En este sentido puede decirse que la catequesis es un instrumento de "inculturación", es decir, que desarrolla y al mismo tiempo ilumina desde dentro las formas de vida de aquellos a quienes se dirige. La fe cristiana ha de encarnarse en las culturas por medio de la catequesis. La verdadera "encarnación" de la fe por medio de la catequesis supone no sólo el proceso de "dar", sino también el de "recibir".
- ⊗ Las nuevas **técnicas** generan varias escalas de valores y las proponen indistintamente, afectando y transformando profundamente las relaciones entre los hombres. Desempeñan un papel de interpretación de las culturas y difunden cierto modo de vivir y pensar. Por eso cambian las formas de expresión, como también el lenguaje y el comportamiento humano. Los jóvenes representan justamente el lugar de una ruptura cultural considerable respecto a las generaciones precedentes. La catequesis no puede ser eficaz ante estas transformaciones si no

acierta a transmitir el mensaje que le está encomendado en el lenguaje de los hombres de nuestro tiempo.

Exigencias y limitaciones de la catequesis contemporánea

6. Una catequesis que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo deberá no sólo proseguir la renovación ya comenzada, sino también desarrollarla con prudencia. La rutina que rechaza todo cambio, y la improvisación que se lanza a la aventura, son igualmente peligrosas. Las deficiencias que se producen u originan en la catequesis provienen, a menudo de esa falta de realismo, que es al mismo tiempo infidelidad al Evangelio y al hombre; se trata de realizar la catequesis **en nuestro tiempo**. El Sínodo hace un llamamiento a las comunidades cristianas para que se renueve nuestra acción catequética, que es esencialmente anuncio del Evangelio -la Buena Noticia- pero manteniéndose siempre en una línea de realismo que lleve la catequesis a la fidelidad y a una profundidad auténtica en todos sus aspectos.

2. LA CATEQUESIS, MANIFESTACIÓN DE LA SALVACIÓN EN CRISTO

La catequesis se centra en el misterio de Cristo

7. La Iglesia repite sin descanso que es portadora de un Mensaje de salvación destinado a todos los hombres. Su misión es anunciar y realizar sobre la tierra la salvación de Jesucristo. Es ésta una misión de evangelización, de la cual la catequesis constituye un aspecto. Su centro es el misterio de Cristo. En efecto, Cristo, Dios y Hombre verdadero y su obra salvadora -encarnación, vida, muerte y resurrección- ha de ser el centro de la proclamación catequética. Jesucristo es el fundamento de nuestra fe y la fuente de nuestra vida. Por tanto, la historia entera de la salvación se orienta hacia Cristo. En la catequesis nos esforzamos por lograr la comprensión y la experiencia de la importancia que tiene Jesús, el Cristo, en nuestra vida de cada día. La catequesis habrá de anunciar claramente que Dios Padre nos reconcilia consigo por Jesucristo, su Hijo, y que el Espíritu Santo guía, nuestra existencia. En cuanto transmisión de este misterio, la catequesis es Palabra viva, fiel a Dios y a la vez fiel al hombre.

En conformidad con lo expresado en la **Evangelii Nuntiandi**, el Sínodo recuerda los aspectos siguientes:

- ⊗ la catequesis es Palabra;
- ⊗ la catequesis es “Memoria”;
- ⊗ la catequesis es Testimonio.

La catequesis como Palabra

8. Es éste uno de los primeros aspectos de la misión de la Iglesia: la Iglesia habla, anuncia, enseña, comunica. Todas estas palabras designan una única acción, la de dar a conocer, en el Espíritu el misterio de Dios Salvador: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). Este conocimiento no es un saber cualquiera, es conocimiento de un misterio, anuncio gozoso, sabiduría según el espíritu, síntesis orgánica centrada en el misterio de Cristo. No es un sistema, una abstracción, una ideología.

La catequesis tiene su origen en la confesión de la fe y conduce a la confesión de la fe. Hace posible que la comunidad creyente proclame que Jesús, el Hijo de Dios, el Cristo, vive y es Salvador.

Por esta razón, el modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal, formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual. A lo largo de esta preparación, los catecúmenos reciben el Evangelio (Sagradas Escrituras) y su expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe.

Pero la catequesis puede asumir también muchas otras formas (predicación, enseñanza religiosa escolar, emisiones de radio o televisión), que corresponden a modos de comunicación y métodos de enseñanza propios de una o varias épocas históricas.

En cada caso se hace necesario acudir a unos criterios que permitan discernir, cuándo un lenguaje concreto es verdaderamente catequético. Una enseñanza cualquiera, incluso de contenido religioso, no es sin más catequesis eclesial. En cambio, cualquier palabra que llegue al hombre en su situación concreta y lo impulse a encaminarse hacia Cristo puede ser realmente una palabra catecumenal. La palabra genuinamente catequética transmite fundamentalmente los núcleos esenciales o sustancia vital del anuncio evangélico, que nunca puede ser cambiado ni silenciado (cf. *Evangelii nuntiandi*, 25).

La íntegra sustancia vital del Evangelio que es transmitida a través del Símbolo de la fe nos comunica el núcleo fundamental del ministerio de Dios, Uno y Trino, tal como nos ha sido revelador en el misterio del Hijo de Dios encarnado y Salvador que vive siempre en su Iglesia.

Para discernir tanto la fiel transmisión del anuncio íntegro del Evangelio, como la autenticidad de las expresiones catequéticas a través de las cuales se nos ofrece la fe cristiana, es necesario prestar atención reverente al ministerio magisterial y pastoral de la Iglesia.

La catequesis como “Memoria”

9. Es otro aspecto clave de la acción de la Iglesia: la Iglesia recuerda, conmemora, celebra en memoria de Él, realiza la “anamnesia”.

En efecto, la palabra y la acción de la comunidad eclesial sólo tienen sentido y eficacia porque son hoy la palabra y la acción que manifiestan a Jesucristo y vinculan a Él. La catequesis empalma de esta manera con toda la acción sacramental y litúrgica.

La catequesis es en nuestro tiempo, “la manifestación del misterio escondido en Dios antes de todos los siglos” (cf. Col 1,26). Por eso el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la **lectio divina**, es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha “según el Espíritu”, que habita en la Iglesia tanto asistiendo a los ministerios apostólicos como actuando en los fieles. Las Escrituras permiten a los cristianos hablar un lenguaje común. Es normal que a lo largo de la formación se aprendan de memoria ciertas sentencias bíblicas, en especial del Nuevo Testamento, o determinadas fórmulas litúrgicas, que son expresión, privilegiada del sentido de dichas sentencias bíblicas, así como también otras plegarias comunes.

El creyente asimila también aquellas expresiones de fe acuñadas por la reflexión viva de los cristianos durante siglos, y que son recogidas en los Símbolos y en los principales documentos de la Iglesia.

Así, pues, ser cristiano es entrar en una Tradición viva, que a través de la historia de los hombres manifiesta cómo el Verbo de Dios asumió en Cristo Jesús la naturaleza humana. La catequesis es así “transmisión de los documentos de la fe”. Los temas que escoge y la manera como los desarrolla corresponden a la auténtica fidelidad a Dios y al hombre en Jesucristo.

La catequesis como Testimonio

10. La palabra, enraizada en la Tradición viva, es así Palabra viva para hoy. Expresiones como compromiso, “enculturación”, acción eclesial, vida espiritual, oración personal y litúrgica, santidad, manifiestan esta misma realidad: el testimonio.

La comunidad creyente es una comunidad de hombres de hoy que, actualiza la Historia de la Salvación. La salvación que la comunidad lleva en su seno ofrece a los hombres de hoy la liberación del pecado, de la violencia, de la injusticia, del egoísmo. Se cumple así la Palabra de Jesús: “la verdad os hará libres” (Jn 8,32) La catequesis no puede, por tanto, separarse de un serio compromiso de vida: “No son los que dicen: Señor, Señor (Mt 7, 21). El compromiso puede tomar múltiples formas individuales o colectivas. Es según la fórmula tradicional, “el seguimiento de Cristo”. De esta manera, la enseñanza de la moral, “Ley de Cristo”, ocupa su lugar en la catequesis. Hay, que afirmar sin ambigüedad que existen leyes y principios morales que es preciso presentar en la catequesis, y que la moral evangélica tiene una índole específica que lleva más allá de las solas exigencias de la ética natural. Más aún, la ley de Cristo, o ley del amor, está grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rom 6, 5; Jn 13, 34).

Por otra parte, la catequesis, en cuanto es testimonio, educa asimismo al cristiano para su inserción plena en la comunidad de discípulos de Jesucristo que es la Iglesia, asumiendo toda la verdad de la condición de gracia y de pecado de este pueblo creyente que peregrina en el mundo; y también con todo el sentido de solidaridad fraterna que el cristiano debe vivir respecto a todos los que, sean o no creyentes, están embarcados en la misma aventura de la familia humana. De esta forma la comunidad eclesial se constituye en auténtico sacramento universal de salvación.

La doctrina moral no es sólo “individual”; presenta también la dimensión social del anuncio cristiano, hoy. Uno de los cometidos principales de la catequesis es suscitar eficazmente formas nuevas de compromiso serio, especialmente en el campo de la justicia. Así, a partir de la experiencia de los cristianos, surgirán nuevos estilos de vida evangélica que, con la gracia de Cristo, producirán nuevos frutos de santidad.

Originalidad de la pedagogía de la fe

11. En toda catequesis íntegra hay que unir de modo inseparable:

- El conocimiento de la Palabra de Dios.
- La celebración de la fe en los sacramentos.
- la confesión de la fe en la vida cotidiana.

La pedagogía de la fe tiene, pues, **un carácter específico:** el encuentro con la persona de Cristo, la conversión del corazón, la experiencia del Espíritu en comunión con la Iglesia.

3. LA CATEQUESIS, OBRA DE TODOS EN LA IGLESIA

La corresponsabilidad

12. La catequesis es una tarea de vital importancia para toda la Iglesia. Incumbe de verdad a todos los cristianos, a cada uno según las circunstancias propias de su vida y según sus dones y carismas particulares. Todos los cristianos, por razón del santo bautismo, ratificado por el sacramento de la confirmación, están llamados a transmitir el Evangelio y a preocuparse por la fe de sus hermanos en Cristo, principalmente de los niños y de los jóvenes. Sin embargo, esto da origen a veces a tensiones y divergencias por causas muy diversas. Por ello, el Sínodo invita a todos a superar las dificultades que puedan surgir, de forma que se fomente siempre una común corresponsabilidad. Para ello se subrayan los siguientes aspectos.

La comunidad cristiana

13. a. El lugar o ámbito normal de la catequesis es la comunidad cristiana. La catequesis no es una tarea meramente “individual”, sino que se realiza siempre en la comunidad cristiana.

Las formas de comunidad evolucionan en nuestro tiempo. Junto a comunidades como la **familia**, primera comunidad educadora del hombre, o la **parroquia**, lugar normal donde actúa la comunidad cristiana, o la **escuela**, comunidad destinada a la educación, surgen hoy día otras, muchas comunidades entre las cuales se encuentran las pequeñas comunidades eclesiales, las asociaciones, los grupos juveniles y otras.

Estas nuevas comunidades representan una oportunidad para la Iglesia. Pueden ser levadura en la masa y fermento de un mundo en transformación. Contribuye a manifestar más claramente tanto la diversidad como la unidad de la Iglesia. Han de mostrar entre ellas la caridad y la comunión. La catequesis puede encontrar en ellas nuevos lugares donde realizarse, ya que los miembros de la comunidad son unos para con otros proclamadores del misterio de Cristo. Al mismo tiempo, la catequesis ha de presentar el misterio de la Iglesia, Pueblo de Dios y Cuerpo místico de Cristo, en el cual los múltiples grupos y comunidades de cristianos se unen íntimamente con Dios y entre sí.

El obispo y los diversos catequistas de la comunidad

14. b. El obispo es el primer responsable de la catequesis en la Iglesia local. Además de la responsabilidad que tiene de coordinar la actividad de todos los dedicados a la catequesis en su Iglesia particular, el obispo debe dedicarse en persona a la realización directa de este ministerio. Los demás, cada uno en su función, colaboran con él en la acción catequética; nadie puede realizarla solo, ya que exige la movilización de múltiples energías. Cada uno según su tarea y sus carismas, contribuye a la misma misión: los obispos en unión con sus presbíteros, los diáconos, los padres de familia, los catequistas, los maestros, los animadores de comunidades cristianas. En este trabajo pueden y deben desempeñar una colaboración inestimable para la Iglesia, por muy diversos títulos, las personas de vocación consagrada.

En muchos países los catequistas, juntamente con los sacerdotes, participan en el ministerio de la animación de las comunidades cristianas.. Vinculados al obispo asumen la responsabilidad de la transmisión de la fe.

A. todos ellos, el Sínodo les confirma sobre la importancia de su misión y desea que todos encuentren la ayuda y comprensión que necesitan. Pide que los ministerios y tareas catequéticas no sean asumidas sin una adecuada formación. Dicha formación, según la doble dimensión de la catequesis fiel a Dios y fiel al hombre, lleva consigo una preparación en las ciencias sagradas junto con los conocimientos necesarios sobre el hombre, según países y ambientes, que proporcionan las ciencias humanas.

La acción catequética en una sociedad pluralista

15. c. El mundo actual se caracteriza por su diversidad. Está compuesto por pueblos con una visión del mundo, unos principios éticos y unos sistemas sociales y políticos muy diferentes. Desde el punto de vista religioso, es igualmente pluralista.

La catequesis deberá capacitar a los cristianos para desenvolverse convenientemente en medio de esta diversidad y pluralismo. Para ello, debe educarlos inculcándoles el sentido de su identidad específica: son, en verdad, bautizados, creyentes y miembros de la Iglesia.

Ha de formarlos, asimismo, dándoles sensibilidad para la apertura al diálogo; diálogo que sea respetuoso con los demás hombres y, al mismo tiempo, sumamente fiel a la verdad.

La formación ecuménica ofrece a los cristianos -que pertenecen a la comunidad visible de la Iglesia Católica Romana, la ocasión de comprender mejor a los cristianos que pertenecen a otras Iglesias o Comunidades Eclesiales, y también la posibilidad de prepararse para el diálogo y para establecer con ellos relaciones fraternas. El establecimiento de unas “catequesis comunes” allí donde, según el criterio de los Pastores, se juzgue necesario, se ha de completar con una catequesis íntegra y específicamente católica, para evitar el peligro del indiferentismo religioso.

En cuanto a las otras religiones, que los cristianos encuentran cada vez con mayor frecuencia en su camino, la catequesis desarrollará actitudes de acogida y de comprensión, actitudes de escucha y discernimiento de los “**semana Derbi**” (las “semillas de la Palabra”) latentes en las mismas. Para que los jóvenes puedan sacar algún fruto del conocimiento de las religiones no cristianas y, con mayor razón, de la información sobre las variadas concepciones materialistas, es necesario que bajo la guía de los Pastores reciban una preparación muy seria en la propia doctrina católica y, al mismo tiempo, se ejerciten convenientemente en la oración y en la vida cristiana. Preparados de esta manera podrán ofrecer a aquellos que no comparten su fe en Cristo, no sólo el respeto debido, sino también el testimonio de esta fe.

La catequesis cristiana y las corrientes materialistas actuales

16. Respecto a las corrientes materialistas, secularistas o ateas, y a ciertos humanismos totalitarios que asfixian la dimensión verdaderamente humana de la persona, la catequesis debe apoyarse en la visión cristiana del hombre y del mundo. La “apologética”, o bien, una cierta “confrontación” crítica, que tenga en cuenta el pensamiento contemporáneo, pondrá de relieve los fundamentos racionales de esta visión.

En esta situación de diversidad y pluralismo, el cristiano no tiene por qué temer: es, con la gracia del Espíritu Santo, **fuerte en la fe**, según la expresión apostólica. La auténtica apertura de espíritu supone y exige una conciencia bien formada acerca de la propia identidad cristiana, que implica el testimonio y la misión.

La dimensión misionera de la catequesis

17. Toda catequesis es **misionera** porque impulsa a preocuparse de otras, comunidades de ambientes distintos y, abriendo los espíritus al bien de la Iglesia Universal, suscita vocaciones misioneras. Pero, además, lo es porque inclina a actitudes de respeto hacia los hombres y estimula a dar ante todos ellos un testimonio auténticamente cristiano, partiendo siempre de la edificación cada día más sólida de la propia comunidad eclesial.

CONCLUSIÓN

18. Una vez que os hemos dado a conocer algunas cosas que resumen lo que fueron nuestras jornadas de trabajo, vividas junto a la Cátedra de Pedro, en unión y comunión con

su Sucesor Pablo VI, queremos dar gracias en primer lugar a Dios, de quien proceden todas las cosas buenas (cf. Sant 1, 17); a Dios a quien dedicamos toda nuestra existencia; a Dios quien, por la acción del Espíritu de su Hijo, está continuamente con nosotros invitándonos a ver, a contemplar, a tocar -digamos- con nuestras propias manos sus obras admirables (cf. 1 Jn 1,1); a Dios en fin, a quien de todo, corazón deseamos que améis siempre sobre todas las cosas.

Y ahora queremos daros gracias a todos los que compartís generosamente con nosotros el ministerio de la catequesis.

Va nuestro pensamiento a nuestros presbíteros, cooperadores de nuestro ministerio apostólico, tan estrechamente vinculados a nosotros por su ordenación sacramental.

Tenemos también ante nuestra mirada a quienes han consagrado a Dios su vida en las comunidades religiosas y a quienes desean actualizar la plenitud de las exigencias evangélicas en medio del mundo. Queremos confirmar una vez más que esperamos mucho de la fecundidad espiritual que puede comunicar al mundo una existencia vivida según el talante de las bienaventuranzas predicadas por Jesús (cf. Lumen Gentium, 42)

Ocupan nuestra atención de modo especial los catequistas. Son muchas las mujeres, los hombres, los jóvenes -incluso los niños- que, llenos de caridad verdadera, dedican su tiempo -con frecuencia, sin recibir pago alguno de este mundo- a extender construir el reino de Dios por medio de la catequesis: ellos hacen nacer así a Cristo Jesús en el corazón de los hombres y se empeñan por hacerlos crecer en la vida cristiana con vistas a que alcancen un día la plenitud vital en el Señor.

Con particular agradecimiento nos dirigimos a las madres y padres de familia que educan a sus hijos, desde los años infantiles, en el conocimiento de Jesús, en el espíritu de temor filial y en el amor a Dios Padre, manteniendo viva en sus corazones la fe que recibieron en el bautismo y que ellos mismos ratifican en la confirmación: de este modo, la familia contribuye a mantener pujante el estilo de vida cristiana de forma que dé frutos constantes, válidos para la vida eterna.

También tenemos presentes a tantas comunidades que fomentan la fraternidad cristiana, cultivando la oración y la pobreza: son un precioso testimonio de vida para nuestro mundo oprimido por el egoísmo individualista.

Al recordaros a todos, nosotros, los Obispos, llamados de todas las partes del mundo para congregarnos en este Sínodo, desde la Colina Vaticana, junto al sepulcro de Pedro y en la presencia de su Sucesor el Papa Pablo VI, después de escuchar y hacernos cargo de las aportaciones de todas las Iglesias y conscientes de la importancia de la catequesis y de su prioridad en el contexto de nuestro trabajo pastoral, aceptamos solemnemente la suave carga de gastar nuestras energías al servicio de la catequización que compartiremos con nuestra ineludible responsabilidad de evangelizar.

Confiamos para ello en la gracia del Espíritu Santo, que puede suscitar frutos de santidad cada vez más ricos en la medida en que vuestra vida cristiana madure y se sazone a través de la formación que se adquiere por medio de la educación de la fe.

Sin duda, existen muchas dificultades actualmente para el desarrollo de la catequesis. Más todavía, son aún imprevisibles los obstáculos que vamos a encontrar. Pero no hemos de olvidar que quienes creen en Jesús consideran el futuro como algo que les es particularmente propio y que la esperanza cristiana jamás defrauda (cf. Rom 5,5).

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos ayude a conducir hasta el final estos propósitos. Así la fe salvadora de Cristo podrá ser para el mundo entero levadura, sal, luz, vida verdadera. Ella, la oyente privilegiada de las palabras del Señor, ardiente discípula de su Hijo en la fe, “conservaba cuanto ocurría en torno suyo y lo meditaba en su corazón” (Lc 2, 19)

IMPULSAR Y RENOVAR LA CATEQUESIS CON PLENA FIDELIDAD A LA PALABRA DE DIOS

Discurso de Paulo VI en la sesión de clausura de la V Asamblea del Sínodo de los Obispos

19. Venerables hermanos y queridos hijos:

Al terminar esta V Asamblea del Sínodo de los Obispos, habéis querido, por medio del cardenal Antonio Ribeiro, Patriarca de Lisboa, despediros de nosotros y testimoniaros los sentimientos que esta despedida suscita en vosotros. Os damos las más expresivas gracias, por parte nuestra y os saludamos fraternalmente.

Después de haber examinado a fondo durante un mes un tema de tanta importancia para el futuro de la Iglesia, cual es la catequesis, os disponéis a regresar a vuestras sedes y a reanudar vuestras tareas, con el propósito de dedicaros diligentemente a la renovación de la actividad catequética en vuestros países.

Durante este tiempo, cada uno de vosotros se ha esforzado por comunicar a los demás las propias experiencias y poner las ideas y frutos de su saber, recogidos a lo largo de la vida, al servicio de todos, con el fin de que, la catequesis progrese en la Iglesia y así “la fe, al quedar ilustrada por la doctrina, se haga viva, explícita y activa entre los hombres” (cf. Christus Dominus, 14). Este empeño lo habéis realizado, no a través de investigaciones teóricas o históricas “que en, otros campos resultan útiles, sino más bien con la mirada puesta principalmente en el interés pastoral del tema, ya que lo habéis tratado desde vuestra experiencia de Pastores que participan cada día en las angustias y dificultades de los hombres de nuestro tiempo. Esta Asamblea del Sínodo, precisamente por su índole pastoral, ha dado resultados estupendos.

Objetivos peculiares e inmediatos del Sínodo

20. Consciente de la gran trascendencia que es necesario reconocer a esta forma de anunciar la Palabra de Dios a los hombres de nuestro tiempo, os convocamos a Roma, junto al sepulcro de San Pedro, proponiéndonos los dos objetivos peculiares inmediatos que se señalan en las Letras Apostólicas, dadas en forma de Motu Proprio “Apostolica sollicitudo”:

“comunicarse mutuamente las oportunas informaciones; ofrecer consejos sobre los asuntos por cuya causa se convoca en cada caso el Sínodo” (AAS 57, 1965, pág. 777).

Mucho es lo que se ha recibido de la experiencia de cada uno, mucho lo que se ha ofrecido para utilidad de todos, mucho lo que se ha propuesto para hacer más eficaz la acción catequética en toda la Iglesia, en todos los grupos de la sociedad y en todos los sectores de la vida humana.

Las conclusiones, con las que habéis terminado el trabajo, las presentaréis a vuestros hermanos en el Episcopado cuando regreséis a vuestras diócesis y a vuestras tareas. El fuego que ardía en vosotros, lo comunicaréis -confiamos en ello- a quienes comparten con vosotros las tareas pastorales. De este modo se logrará que el Sínodo dé un nuevo impulso a la catequesis, lleve a descubrir nuevos caminos en la actividad catequética, a formar mejor a los catequistas y a buscar más cuidadosamente los medios para catequizar, si bien observando las sabias leyes canónicas vigentes en esta materia y las normas establecidas por el *Directorio Catequístico General* publicado por la Sagrada Congregación para el Clero y por Nos aprobado y confirmado.

Treinta y cuatro proposiciones presentadas al Papa y un Mensaje al Pueblo de Dios

21. No pocos de vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, os habéis esforzado oportunamente en exponer las causas de la crisis por la que ha atravesado la catequesis en estos últimos años. Nos parece que no es cosa de este momento tratar tales dificultades. Importa mucho más advertiros que pongáis la mirada en el futuro, y animar, a través de vosotros, a quienes se sienten comprometidos por su condición de cristianos, a poner un gran empeño en que la renovación de la actividad catequética fluya desde este Sínodo a la Iglesia entera.

Este impulso renovador, como una ola que se extiende cada vez más, llegará desde el Sínodo a las Conferencias Episcopales de Oriente y de Occidente y desde éstas a las parroquias, a las familias, a las escuelas, a las comunidades congregadas en nombre de Cristo y bajo la guía de sus Pastores legítimos.

Así, pues, promoverán y dirigirán y apoyarán esta renovación continua de la catequesis, juntamente con el Vicario de Cristo, los obispos de las diversas partes del mundo, estrechamente unidos con los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los laicos que son conscientes del valor e importancia de este apostolado. Por lo demás, éste es el significado y alcance del Mensaje al Pueblo de Dios que hoy, al término de esta Asamblea del Sínodo de los Obispos, se dirige desde la ciudad de Roma a toda la Iglesia.

Fidelidad al depósito de la Revelación

22. Contemplando la obra realizada, expresamos nuestra alegría por el hecho de que los padres sinodales aquí presentes hayan estado de acuerdo sobre los principales puntos de la catequesis y de que al final hayan formulado sugerencias muy útiles que se nos han presentado reunidas en treinta y cuatro proposiciones. Examinaremos atentamente estas proposiciones, así como los demás documentos que se nos han presentado por escrito.

Después, con sumo gusto, secundando el deseo que habéis expresado, manifestaremos a toda la Iglesia lo que se considere más conveniente.

Nos alegramos ante todo, de que se haya insistido en el deber que los obispos tienen de vigilar y cuidar para que en toda catequesis se guarde siempre plena fidelidad a la Palabra de Dios como nos ha sido dada a conocer en la Sagrada Revelación y transmitida a través de los siglos por el Magisterio de la Iglesia.

Indudablemente, esta misma función de vigilar abarca también a las demás formas de exponer la Palabra de Dios, a saber: desde su anuncio universal o evangelización y la proclamación en la sagrada liturgia o la predicación, hasta su más profunda investigación en la teología.

Esa atención vigilante a la catequesis forma parte ciertamente de la función propia de aquel que ha sido constituido por Cristo Pastor y Maestro de su Iglesia. Huelga repetir aquí que llevamos muy dentro del corazón la preocupación por defender y promover la sana doctrina. Lo que dijimos acerca de esto a todos los obispos, a los cinco años de terminar el Concilio Vaticano II, mantiene y conserva todo su peso e importancia. (cf. Exhortación Apostólica Quinque iam anni, AAS, 63, 1971. págs. 97-106).

La fidelidad al depósito de la Revelación exige igualmente que no se silencie ninguna verdad esencial de la fe. El pueblo encomendado a nuestro cuidado goza ciertamente del derecho sagrado inalienable, de recibir la Palabra de Dios, toda la Palabra de Dios (ib., págs. 99-100).

Centrar la atención en Cristo y poner en práctica su doctrina

23. Ha sido también para nosotros gran consuelo advertir que todos han señalado la gran necesidad de una catequesis orgánica y bien ordenada, ya que esa reflexión vital sobre el misterio mismo de Cristo es lo que principalmente distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios. Vosotros mismos lo habéis enseñado y puesto de relieve claramente, persuadidos de que nadie puede llegar a la verdad íntegra solamente desde una simple experiencia, es decir, sin una conveniente exposición del mensaje de Cristo, que es “el Camino, la verdad y la Vida” (Jn 14, 6), Alfa y Omega, principio y fin de todas las cosas (cf. Ap 22, 13).

La exposición completa del mensaje de Cristo contiene evidentemente también la explicación de sus principios morales, teniendo en cuenta tanto a cada uno de los hombres, como a toda la sociedad.

Por consiguiente, educar en la fe a los niños y a los jóvenes de nuestras comunidades cristianas significará educarles a la vez para el “seguimiento de Cristo”, como bien nos habéis indicado en la proposición doce que nos habéis presentado. Este es, por lo demás, el sentido de la doctrina del Apóstol San Juan, cuando advierte: “El que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos miente, y la Verdad no está en él” (1 Jn 2, 4).

Los Símbolos y la pedagogía catequética

24. Estamos también totalmente de acuerdo con vosotros, cuando con gran autoridad ponéis de relieve, la necesidad de algunas fórmulas principales que, permitan y hagan que las verdades de la fe y de la doctrina moral cristiana sean presentadas apta y convenientemente.

Estas fórmulas, cuando se aprenden de memoria, favorecen mucho el conocimiento seguro y estable de las cosas, como vosotros afirmáis en la proposición decimonona que nos habéis presentado y también en el Mensaje al Pueblo de Dios difundido hoy por toda la Iglesia. Entre esas fórmulas habéis señalado acertadamente las más importantes sentencias bíblicas, especialmente las del Nuevo Testamento y los textos litúrgicos que se utilizan para la oración en común y para hacer más fácil la confesión de la fe.

Por último, reconocemos que, ahora más que nunca se siente y apremia la necesidad de un llamamiento en favor de la libertad de la Iglesia, para que pueda cumplir su misión de instruir a sus hijos e hijas en la fe cristiana.

La libertad religiosa aplicada al campo de la catequesis

25. Desgraciadamente, hay no pocas naciones en las que están totalmente conculcados o, al menos injustamente limitados el derecho de cada uno de los hombres a la libertad religiosa, el derecho de las familias a, la educación de los hijos y el derecho de las comunidades religiosas a la educación de sus propios miembros.

Por lo cual, en este momento tan solemne, exhortamos de nuevo a los gobernantes de los pueblos a que -incluso para bien de sus mismas naciones- respeten el derecho de los hombres y de las comunidades religiosas a la libertad, tanto social como política, en lo que se refiere a la religión. Pues “la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre constituye un deber esencial de todo poder civil” (Dignitatis humanae, 6).

Así pues, tras haberos manifestado nuestros pensamientos acerca de algunos de los más importantes temas tratados fraternalmente en esta Asamblea, antes de terminar, consideramos oportuno dar las gracias a todos y a cada uno de los que han aportado sus propias competencias para preparar y celebrar debidamente esta V Asamblea Sinodal. Nuestra gratitud va en primer lugar a los Presidentes Delegados; después al Relator y al Secretario General; también al Secretario especial y a sus ayudantes; y finalmente a todos los que con generosidad y empeño han prestado de diversas maneras este servicio de gran valor al Romano Pontífice y a esta distinguida Asamblea integrada por aquellos que representan a los obispos de todo el orbe.

Venerables Hermanos y queridísimos hijos, al despedirnos de vosotros, os rogamos que llevéis el saludo y la bendición del Padre común a vuestros hermanos en el Episcopado, a vuestros colaboradores, los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos vuestros fieles laicos que se dedican a la labor catequética. Que el Espíritu Santo nos confirme, ilumine y vivifique a todos disponiéndonos a una acción renovada y concorde “para que la Palabra del Señor avance con celeridad y sea Él glorificado como lo es entre vosotros” (2 Tes 3, 1). Con estos pensamientos os impartimos la bendición apostólica con inmenso amor a todos los aquí presentes.

Roma, 29 de Octubre de 1977